

ISAAC BASHEVIS SINGER

# KEYLE LA PELIRROJA

TRADUCCIÓN DEL YIDDISH  
DE RHODA HENELDE Y JACOB ABECASÍS

BARCELONA 2023



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Yarme un Keyle*

Publicado por

A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de los textos en yiddish e inglés, 1972 by Isaac Bashevis Singer  
Esta edición ha sido publicada mediante un acuerdo con The 2015 Zamir

Revocable Trust a través de Schulman Literary Agency LLC,  
Nueva York, y ACER. Todos los derechos reservados incluyendo  
los derechos de reproducción total o parcial en cualquier formato

© de la traducción, 2023 by Rhoda Henelde Abecasís y

Jacob Abecasís Hachuel

© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-19036-51-3

DEPÓSITO LEGAL: B. II 327-2023

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

# TABLA

## PRIMERA PARTE

I, 9 — II, 48 — III, 84 — IV, 105 — V, 142  
VI, 174 — VII, 198

## SEGUNDA PARTE

VIII, 233 — IX, 264 — X, 290 — XI, 327

*Glosario de términos hebreos y yiddish, 347*



## PRIMERA PARTE



## CAPÍTULO I

### I

Su verdadero nombre era Yirmiyahu Eliézer Holtzman. En la plaza de la calle Krochmalna, sin embargo, no había paciencia para los nombres largos. A él lo llamaban Yarme y añadían el apodo «Bódik» [el 'Espino']. A su esposa, Keyle Lea Kupermintz, la conocían como «Di Roite» Keyle, es decir, Keyle la Pelirroja, debido a sus flamígeros cabellos.

Con el nombre *bódik* se designaba en Varsovia a los arrancamños que los muchachos se arrojaban mutuamente al invadir la calle en el día de ayuno de *Tisha b'Av*. Cuando una de esas bolas de espinos daba en la barba de un varón o la cabellera de una fémina, no era nada fácil desenredarla. Y Yarme el Espino, en particular, disfrutaba ejercitando la puntería sobre sus camaradas, así como sobre las muchachas con las que tenía trato.

A sus treinta y dos años, Yarme ya había «visitado» cuatro veces la terrible cárcel de Pawiak, acusado de robo (era un experto en forzar cerraduras), y asimismo lo habían detenido varias veces por negociar, tal como él lo llamaba, con «mercancía viva». Keyle la Pelirroja, a sus veintinueve años, ya había pasado por tres burdeles: uno en la calle Krochmalna, otro en la calle Smocza y el último en Tomkis. Su primer proxeneta fue nada menos que Itche el Ciego. Yarme conoció a Keyle en la posada de la calle Krochmalna, 6. Pasar con ella un día y una noche le bastó para conducirla ante un rabino de la calle Stavsky y pedirle que los casara. A diferencia de otros rabinos, el de la calle Stavsky no hacía demasiadas preguntas a quienes venían a él con intención ya fuera de unirse bajo palio o de divorciarse. Se limitaba a aceptar los tres rublos de rigor

y, acto seguido, estampar su firma en el certificado matrimonial o de separación.

Eso sucedió en 1911, unos seis años después de la revolución obrera. Los huelguistas, en cooperación con los que lanzaban bombas, habían conseguido lo suyo y el zar Nicolás II redactó una Constitución. Sólo que la primera Duma, el Parlamento, fracasó y enseguida fueron elegidas una segunda y una tercera. Los partidos políticos rusos y polacos se enfrentaron entonces para alcanzar el poder. Al igual que en Rusia la banda de los Cien Negros, prozarista y antisemita, incitaba a las masas a perpetrar pogromos, en Polonia los nacionalistas llamaban a boicotear la mercancía de los judíos. Cientos de miles de muchachas y muchachos judíos cruzaron clandestinamente la frontera en dirección a Prusia o a Galitzia para, desde allí, marcharse a buscar fortuna en América, al otro lado del océano. Por otra parte, desde hacía años, cada semana los políticos y los periódicos en yiddish venían comparando a la península balcánica con un polvorín; no sólo predijeron la guerra de Serbia, Bulgaria y Montenegro contra los turcos, también el enfrentamiento entre Rusia y Alemania. Los sionistas, pese al fallecimiento del doctor Theodor Herzl en 1904, continuaban celebrando cada año su congreso. Los socialistas, por el contrario, en sus proclamas, definían al sionismo como una fantasía vacía de contenido. Según ellos, los trabajadores judíos deberían luchar por el socialismo en los países donde vivían y dejar de soñar con un país semidesierto y habitado sólo por árabes. El sultán Abdul Hamid<sup>1</sup> nunca les otorgaría un fuero propio.

<sup>1</sup> Sultán turco que en 1901 rechazó las insistentes peticiones de Theodor Herzl para que aceptara el reasentamiento del pueblo judío en la tierra de Israel. (*Todas las notas son de los traductores*).



En la posada de la calle Krochmalna, 6, sin embargo, ni leían periódicos ni se ocupaban de política. Eso sí, recordaban el ataque que habían lanzado los socialistas a los bajos fondos de la ciudad. Los rebeldes, irrumpiendo en los burdeles, habían apaleado a las prostitutas, habían rajado la ropa de cama y dejado a su paso multitud de ojos morados y costillas rotas. Desde entonces, ya había pasado mucho tiempo. Un buen número de aquellos agresores fue deportado a Siberia, otros fueron ahorcados en la fortaleza, y muchos de ellos perecieron durante el conocido como «miércoles sangriento».

La verdad es que Yarme el Espino sí era capaz de leer un periódico yiddish. Aunque provenía de los ladrones de Piasek, durante algún tiempo incluso estudió en una *yeshive* de Lublin. De modo que, cuando algún ladrón o un proxeneta del clan necesitaba enviar una cartita a casa de sus padres, o a Buenos Aires, acudía a Yarme y él se la redactaba en yiddish, añadiendo al final la dirección en ruso.

Yarme acostumbraba a adquirir cada mañana el periódico *Di yiddishe Blat*, pero en él sólo leía la novela por entregas: *La mujer sanguinaria*, *La dama con velo*, y otras parecidas. A menudo le leía a Keyle en voz alta algún fragmento, o le contaba después lo que había sucedido en la novela. Los ojos verdes de Keyle se iluminaban a causa de las ocurrencias de los escritores.

—¡Ay!—solía comentar—. ¡Los escritores tienen unas ideas tan extrañas! Son capaces incluso de juntar una pared con la de enfrente.

—¡Bah! Todo es inventado—replicaba Yarme—. Cuando esos petimetres se sientan con una pluma en la mano, empiezan a imaginar una feria en el cielo. Por sí mismos no son capaces ni de atar a un gato por la cola.

—Todo eso les viene de estudiar la Torá—decía Keyle—.

Se sumergen en los grandes tomos de la Guemará y eso les sorbe los sesos...

—Sí, es verdad. Jéskele «Shpigl-glas» [el 'Espejo'], por ejemplo—contó alguna vez Yarme—, recordaba hasta la letra pequeña de la Torá. Si uno de los nuestros acudía a él para pedirle consejo, empezaba a frotarse la frente como un rabino. Se burlaba de esos idiotas rusos que ocupan media Polonia. Tal era su habilidad que, en cierta ocasión, le birló el reloj de oro al mismísimo jefe de la policía.

—¿Lo pillaron?—preguntó Keyle.

—¡Qué va! Él mismo se lo devolvió. Dijo: «Excelencia, aquí tiene usted su reloj». El alto oficial casi sufrió un ataque de apoplejía.

El matrimonio se sentía a gusto, y no sólo mientras dormían juntos, sino también mientras charlaban. Después de acostarse, en su vivienda de la calle Krochmalna, 8, se pasaban la mitad de la noche conversando. Keyle la Pelirroja conocía millones de chascarrillos, y por cada uno que ella relataba, Yarme soltaba otros diez. Desde que la sacaron de la provincia, veinte años atrás, Keyle nunca se había alejado en Varsovia más allá de la calle Ragatka. Lo más lejos que llegó fue hasta la calle Praga o Pelcevizna. Yarme el Espino, en cambio, se había movido mucho. Durante algún tiempo, acostumbraba a viajar en tren y jugar con los pasajeros a la «cadenita» y otros juegos de azar parecidos, aptos para desplumar a cualquier primo. Después estuvo actuando como contrabandista en Mlova, donde ayudaba a cruzar clandestinamente la frontera a los que se marchaban a América. Más tarde se dedicó a pasar contrabando a Prusia y desde allí a Rusia. No faltó mucho para que lo enviaran en barco a Buenos Aires acompañando a un transporte de hembras. Estaba confabulado con proxenetas y con atracadores de cajas fuertes de media Polonia. En su agenda llevaba anotados los datos de las ferias de toda Rusia. Keyle solía confesarle entusiasmada:

—Yármele,<sup>1</sup> soy la mujer más afortunada del mundo. Sólo le pido a Dios una cosa: que no se me tuerza la suerte. Siempre procuro meter dinero en la hucha para los pobres y ruego a Dios por tu salud.

—Keyle, yo no te cambiaría por otra, aunque me dieran tu peso en oro—replicaba Yarme.

—Un amor como el nuestro no ha existido desde que el mundo es mundo—musitaba Keyle.

Pese a ser todo esto verdad, entre ellos habían acordado que si a Yarme le gustaba alguna hembra—o si a ella le atraía algún varón—no deberían molestarse por ello, sino hacer lo que el corazón les pidiera. Con una sola advertencia: no guardar secretos, sino contar inmediatamente después la verdad al otro. Ambos cumplían ese acuerdo.

Durante los dos años y medio que llevaban juntos, Yarme había tenido pocos apaños, y sólo cuando tuvo que viajar fuera de la ciudad. Keyle, sin embargo, aquella misma semana se había entregado por primera vez a Itche el Ciego. Ocurrió mientras éste yacía en el hospital de la calle Czista a raíz de que un vendedor de mercancía robada lo había apuñalado. Itche el Ciego consiguió una habitación individual gracias a sus contactos. Cuando Keyle fue a visitar al enfermo y le ofreció una tarta de queso que había preparado para él, Itche, todavía vendado, le rogó que le permitiera, en nombre de los viejos tiempos, hacer con ella lo que él necesitaba.

Enfermo y con fiebre como estaba, la arrastró a su cama. Todo ello no duró más de un minuto, pues al otro lado de la puerta se encontraba la enfermera, de cháchara con el celador de turno.

Cuando, a la noche siguiente, Keyle contó a Yarme lo que había sucedido, él la cubrió de besos.

<sup>1</sup> En yiddish la terminación *-le* representa el diminutivo, equivalente al *-ito* o *-ita* en español.

—¡Kéileshi—exclamó—, has hecho una buena acción!  
¡Enhorabuena!

—Después de que sucediera aquello, lloré todo el día.

—¿Lloraste? ¿Por qué? No eres ninguna muchachita que se haya descarriado. Y yo tampoco soy ningún santo.

—¡Ay, Yármele! Yo quería mantenerme pura para ti, pero él me dio un tirón y, antes de que me diera cuenta, ya había pasado todo. Le escupí en mitad de la cara.

—No debiste hacerlo. Itche el Ciego podría muy bien ser tu padre.

—Entonces, no sientes celos, ¿eh?

—Al contrario.

Yarme exigió a Keyle que le relatara todos los detalles, «cada miguita», le dijo. La interrogó una y otra vez. Se excitó extremadamente y cayó en una especie de embriaguez salvaje. Ciertamente es que, cuando era Yarme quien confesaba a Keyle sus aventuras con una cocinera de Kalish o con la esposa de un carpintero de Lodz, ella reaccionaba exactamente del mismo modo.

Aquella noche Yarme comenzó a insinuar que Itche el Ciego se estaba haciendo viejo, que ya no era el mismo de antes y que cuando saliera del hospital sería justo invitarlo a casa y dejar que se quedara con ellos varios días, incluso un par de semanas, hasta que se recuperara.

—No olvides que él fue tu primero—dejó caer, de sopetón.

—Yármele, los he olvidado a todos. Vine a ti virgen.

—Una virgen con un certificado en la mano... Recuerdalo: «no seas tonta y saborearás la crema»...

El sábado siguiente, después de la comida del *chólent* a mediodía, Yarme y Keyle acudieron al hospital para visitar de nuevo a Itche el Ciego e interesarse por su salud. Yarme había comprado para el enfermo una caja de bombones y un bote de caviar, además de un ramo de flores. Mientras

la pareja atravesaba la calle llevando los regalos, eran seguidos por las miradas de los vecinos desde las ventanas y balcones.

Keyle, de estatura media y busto prominente, tenía la cintura fina y caderas redondeadas. Sus piernas eran estrechas en los tobillos y anchas en las pantorrillas. En realidad, sus caderas eran rectas como las de un muchacho, pero utilizaba almohadillas como relleno. Sus rizos pelirrojos, bajo el brillo del sol, reflejaban la luz como si estuvieran en llamas.

Yarme, más alto que ella, mantenía una pose esbelta como la de un joven. De mejillas hundidas, sus grandes ojos negros parecían desalineados, mientras que la nariz unas veces se diría que era recta y otras encorvada como el pico de un pájaro. Su mentón era puntiagudo y con un hoyuelo en el centro.

Marido y mujer iban caminando con una ligereza de bailarines. Yarme se había puesto un traje nuevo, una corbata florida sujeta por un alfiler de perla, zapatos marrones con un cierre de hebilla y sombrero hongo. Keyle, por su parte, se había engalanado con un vestido amarillo abierto a ambos lados, zapatos también amarillos con hebillas doradas y altos tacones finos, y finalmente un sombrero adornado con falsas cerezas y flores. Del cuello le colgaba una cadena con un medallón, y de las orejas, unos zarcillos bamboleantes. En ambas muñecas lucía brazaletes.

Todo el mundo sabía hacia dónde se dirigía la pareja: a visitar a Itche el Ciego, que había sido el primero de Keyle y que luego la traspasó a Jáymele, el campesino de Potcheyov. Itche el Ciego se había emparejado entonces con Réitzele la Gorda quien, hasta ese momento, se había negado a convivir con él mientras no mandara a Keyle la Pelirroja a vivir en un barrio diferente.

Cuando Yarme y Keyle llegaron, la habitación de Itche el Ciego en el hospital se hallaba, en esta ocasión, repleta de camaradas. Aunque estaba prohibido llevar a los enfermos alimentos de difícil digestión, a Itche le obsequiaron con cebolla picada y frita en grasa de ganso, *chólent*, *kíguel*, *guelte fish*, tripa rellena con masa, *griben*, además de vino, licor y coñac. La matrona de un burdel, por su parte, le había llevado al paciente un ramo de una docena de rosas.

Allí estaban todos: Shmuel «Sméten» [el 'Nata'], Leibush el Larguirucho, Mórdjele «Flam» [el 'Llama'], Shaye «Tzvániak» [el 'Sabiondo'] y Réitzele la Gorda, que ahora vivía con un conductor de camiones de carga quince años más joven que ella. Incluso un agente de la policía secreta del séptimo distrito había ido a visitar al enfermo. Itche y la policía eran uña y carne. En aquellos días, los guardias andaban buscando a Bérele «Kishke» [el 'Tripas'], el vendedor de mercancía robada que había clavado a Itche el cuchillo en el cuello. Todos consideraban un milagro del cielo que hubiera escapado vivo. Y no sólo la policía, también los buenos camaradas de Itche buscaban a Bérele el Tripas por toda Varsovia. Lo calificaban ya de medio cadáver, puesto que, en cuanto lo pillaran, lo matarían.

Itche, ciego de un ojo y con una cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda, yacía con el cuello vendado. Era un tipo corpulento, con dos garras capaces de estrangular a un buey, la nariz gruesa, el cabello espeso de color sal y pimienta, un ojo cubierto con un parche negro y el otro malhumorado, abierto, con la mirada seria de un líder. Sin Itche, ¿qué valor tendría la posada de la plaza en la calle Krochmalna, 6? Estaba metido en todo. Es verdad que pertenecía a la vieja generación, y aunque había surgido una nueva hornada de carteristas, chantajistas, bravucones y ladrones comunes

que por unos pocos groschen estaban dispuestos a matar a alguien y arriesgar su libertad, ésta aún era lo bastante fuerte para no dejarles arrimarse demasiado al plato.

En la calle se decía que Itche el Ciego incluso guardaba una pistola debajo de la almohada o dentro del colchón del hospital. Tenía muchos amigos, pero no le faltaban enemigos. Lo cierto es que, al cabo de los años, Itche el Ciego no había ahorrado nada como producto de sus actividades. Era desprendido y siempre estaba dispuesto a ayudar a cualquiera, incluso hacía donativos a sinagogas, orfelinatos y escuelas de Torá para los niños. Cuando a un buen camarada lo metían en la cárcel, Itche le enviaba paquetes y ayudaba a la esposa.

Al presentarse Yarme y Keyle en el umbral, todos les abrieron paso. Itche el Ciego levantó un brazo en señal de saludo a la pareja. Tiempo después de renunciar a Keyle la Pelirroja por Réitzele la Gorda se arrepintió de haberlo hecho. Cuando Keyle la Pelirroja se casó con Yarme el Espino, Itche le envió cincuenta rublos como regalo de boda. Era poco frecuente que una hembra que había servido en tres burdeles se casara, y además con un tipo culto y medio intelectual como Yarme el Espino. Para las demás prostitutas de Varsovia eso había sido una señal de que nunca debían perder la esperanza y de que aún existía el amor en el mundo, incluso si una ya estaba metida en el arroyo hasta el cuello.

Alguna vez sucedía que un cliente se enamoraba de una furcia y se iba a vivir con ella, pero quienes lo hacían se alejaban enseguida de la calle Krochmalna, viajaban a América o a Sudáfrica y nunca más se sabía de ellos. Yarme el Espino y Keyle la Pelirroja, sin embargo, se habían quedado a vivir en la misma calle Krochmalna. Acudían cada día a la posada para jugar al dominó o a las cartas, a charlar y chismorrear. Yarme el Espino no se había convertido en un ciudadano respetable, y aún seguía ganándose la vida con

asuntos turbios. Ambos gozaban de la total confianza de la gente de Krochmalna.

Itche el Ciego, después de haber hecho lo que hizo con Keyle cuando ésta había ido a visitarlo en el hospital, temía que Yarme se convirtiera en su enemigo. Le había ordenado a Keyle que guardara silencio sobre lo que pasó. Incluso le preocupaba que la propia Keyle lo despreciara a él, un hombre tan fuerte, por haber demostrado la debilidad de meter mano a la esposa de un amigo. Por esa razón, cuando Itche vio entrar a la pareja con regalos en la mano, sintió como si le quitaran un gran peso del corazón, como suele decirse.

Olisqueó las flores que le habían traído y pidió a Keyle que abriera la caja de bombones y le diera a probar uno. Quiso mostrar de ese modo lo mucho que le agradaba la visita de la pareja. Con una señal, les invitó a que se sentaran al lado de la cama, mientras otros les cedían las sillas.

Hacía meses que la banda de la posada venía planificando algo que a todos parecía una quimera. Era uno de esos planes que se conocen como «castillos en el aire». Yarme el Espino había contado que en América había un *gang*, conocido como la Mano Negra, que en su origen, quién sabe cuánto tiempo hacía de ello, debió formar parte de la mafia en Italia y más adelante se había trasladado a la rica América. Los ladrones pertenecientes a la Mano Negra no eran delincuentes corrientes... Enviaban cartitas como la siguiente a algunos millonarios: «Entrégnanos tanto y tanto dinero, pues de lo contrario recibirás una bala en el cráneo». Iban firmadas por la «Mano Negra». A veces, esa misma banda secuestraba a alguno de los ricachones y pedían que les enviaran el rescate. Si no lo recibían, eliminaban al rehén y nunca se encontraba rastro de sus huesos.

Yarme el Espino había leído este artículo en el diario *Di yiddishe Blat* de Varsovia, reproducido de un periódico de



Nueva York. El plan que él tramaba, no obstante, era diferente: cavar un túnel hasta el interior de un banco y vaciar la caja. Algo parecido también había leído en el *Blat*. Itche el Ciego, como persona práctica que era, opinó en principio que aquello era el sueño de una cabeza amputada, y que Varsovia no era ni Nueva York ni Chicago. En Varsovia, si se cavara un túnel, los rusos se enterarían enseguida. Además, los chicos duros de la banda, parlanchines como eran, se jactarían ante sus hembras, y las mujeres, ya se sabe, tienen no sólo largos cabellos, sino también largas lenguas. Son incapaces de guardar un secreto.

Existía un tercer proyecto: asaltar un tren con carga postal y robar el dinero, contante y sonante. Ésa no era ninguna hazaña importada de América. Se había llevado a cabo aquí en Polonia en la época en que los socialistas pertenecían a una organización llamada Proletariat. Habían robado sacos llenos de rublos. De modo que, ¿por qué no se podía realizar una vez más? Sólo había que colocar una barra de hierro atravesada en la vía, y el tren se vería obligado a detenerse. El vagón postal no iba vigilado más que por dos o tres guardas. Si parabas el tren de noche y en un bosque, la policía tardaba en enterarse del asunto. A los dos o tres vigilantes se los podía liquidar fácilmente. Y si no se quería derramar sangre, siempre se les podía atar y taparles la boca con trapos.

De nuevo Itche el Ciego argumentó que esa empresa no era para estos tiempos. Los socialistas eran un partido político y se habían propuesto deponer al zar. A sus filas se habían unido hijos de familias ricas, oficiales y hasta generales. Y no sólo eso, sino que muchos miembros de ese grupo habían sido entonces capturados y ahorcados. En cambio, los fortachones de las calles Krochmalna y Smotcza, ni tenían suficiente armamento ni eran capaces de fabricar bombas. Además, ¿dónde iban a esconder los sacos de ru-

blos? ¿Y cómo los repartirían? Itche el Ciego ya había pasado bastante tiempo en chirona, y ahora en su vejez no le apetecía volver a los trabajos forzados ni balancearse colgado de una soga. Por tanto, rechazó todos los planes. Él se contentaba con el dinero semanal que le proporcionaban los burdeles, así como con la extorsión a los tenderos para que no les incendiaran el comercio o vertieran alquitrán sobre sus sacos de harina, sus telas o sus artículos de mercería.

El hecho es que, con el tiempo, entre la banda se había empezado a hablar abiertamente sobre estos planes, tanto en la plaza como en la taberna del número 17. Aquel día, en el hospital, de nuevo surgió la conversación; el objetivo era realizar algo que hiciera temblar a Varsovia y que al mismo tiempo les proporcionara un gran botín. Una vez más, Itche el Ciego hizo oídos sordos a esos planes. Jáskele el Espejo estaba muerto; Varsovia, desde los levantamientos de 1905, estaba plagada de gendarmes, agentes secretos y simples delatores; cada conserje estaba obligado a informar a la policía de su distrito acerca de cualquier nimiedad. El Ayuntamiento se enteraba incluso de que tres zapateros se habían juntado para tomar una copa de cerveza.

—Muchachitos—concluyó Itche—, hoy en día no hay con quien sentarse a la mesa. Mi madre, descanse en paz, solía decir: «De la nieve no se puede fabricar queso».

Pasado un rato, todos salieron y los únicos que quedaron fueron Yarme el Espino y Keyle la Pelirroja. Justo en ese instante Keyle sintió necesidad de ir al lugar adonde el propio zar va a pie, y Yarme tomó la palabra:

—Ítchele, Keyle me lo ha contado todo. De ningún modo debes avergonzarte. Ambos somos hombres y no unos tierros corderitos. Tú la tuviste antes que yo. Eres como un padre para ella. ¡Buen provecho!

Itche el Ciego permaneció mudo un rato. Luego dijo:

—De estar tumbado tanto tiempo, la sangre se calienta. Le pedí que guardara silencio.

—Sí, pero nos habíamos prometido, con un apretón de manos, que entre nosotros no habría secretos.

—Bueno, eres un verdadero amigo. Choca esos cinco.

Itche le agarró la mano con tal energía que Yarme casi soltó un grito de dolor.

—¡Ay! Eres fuerte como el hierro. ¡Así se meta el diablo por tu sucio ombligo!—le espetó Yarme, a modo de piropo.

—A veces me parece que ha llegado mi fin—confesó él.

—Itche, cuando salgas del hospital ven a nuestra casa. Te recibiremos como a un padre.

—¿Cómo dices? ¿Por qué razón merezco yo tal cosa? Yármeme, tú llegarás lejos. Y nunca olvides que alguna vez hubo un Itche en el mundo.

Ya empezaba a anochecer cuando Yarme y Keyle regresaron del hospital a los bajos fondos del barrio judío, entre la calle del Hierro y la calle Gnoina. Aunque podría parecer que tanto la plaza como las calles vecinas estarían habitadas por gente de dudosa reputación, lo cierto es que en ellas vivían muchos judíos devotos y amas de casa respetables, y había sinagogas y oratorios jasídicos. Hasta un *jéder* para los pequeños había, e incluso *yeshives*. A aquella hora, en los oratorios ya estaban celebrando la tercera comida a la salida del *shabbat* y se podía oír los himnos de despedida del descanso sabático saliendo de los portales. Las mujeres, asomadas a las ventanas abiertas, rezaban cantando el «Dios de Abraham».

Ambos, tanto Yarme como Keyle, procedían de hogares observantes de la religión. Aunque el tío de Yarme, el de Wisoka, era un ladrón, su padre era un judío piadoso, además de artesano fabricante de sombreros ribeteados en piel. Envió a Yarme a estudiar, primero al *jéder* y más ade-

lante incluso a una *yeshive* de Lublin. En cuanto a Keyle, su padre era bedel de la pequeña sinagoga de los sastres en el *shtetl* donde nació. Cada sábado, desde que anoecía y hasta que aparecían las tres primeras estrellas, una silenciosa melancolía invadía las calles. Tanto el padre de Yarme como el de Keyle, así como la madre de ésta, ya descansaban en el cementerio. Por muy hondo que Keyle se hubiera hundido en el fango, nunca olvidó encender una vela en el aniversario de la muerte de sus progenitores. En algún lugar tenía un hermano y dos hermanas que llevaban una vida decente y habían borrado de sus corazones el nombre de ella. Yarme, por su lado, aún tenía una madre anciana y un hermano. En definitiva, ni Yarme ni Keyle provenían, como suele decirse, de una pila de basura. Keyle solía jactarse de que su abuelo estudiaba en un libro de la Guemará tan grande como la mesa entera. Yarme, cuando a veces se cruzaba por la calle con algún alumno del *jéder* que llevaba bajo el brazo un libro sagrado, abordaba al chaval y le hacía alguna pregunta sobre el Pentateuco. Incluso se sabía de memoria la primera página del tratado de la Mishná relativo a las leyes sobre daños y perjuicios. Con todo, se tenía por un hereje y con frecuencia afirmaba que Dios no existía. En cambio, Keyle sí creía en Dios, en los demonios, en los espíritus y en el mal de ojo.

En ese momento del sábado, cuando se acercaban a su casa en el número 8 de la calle, ya se veían brillar las tres estrellas encima de los tejados de cinc. Incluso la luna había aparecido flotando en el cielo.

—¡Yármele, que tengas una buena semana!—exclamó Keyle.

—¡Buena semana y buen año tengamos!

—¡Una semana de buena suerte!—le deseó Keyle.

—¡Ojalá!

Ambos necesitaban esa buena suerte. Desde que se ca-

saron, Keyle no había ganado ni un groschen. ¿En pago de qué iba a ganarlo? Tampoco Yarme había hecho ningún negocio desde hacía mucho tiempo. En el pasado asumía riesgos. No le asustaba apostar todo si había posibilidad de algún beneficio. Desde que se casó con Keyle, sin embargo, se había tornado más aprensivo: temía arriesgar su libertad. Sabía muy bien que si a él lo metían a la sombra, Keyle no tendría otra alternativa que regresar al burdel. Él ya se había habituado a comer a su hora, a irse a dormir pronto y a tener ropa de cama cuidada, una camisa limpia, ropa interior pulcra, además de comida casera, como la que su madre preparaba en su Wisoka natal. Sólo pensar en verse encerrado de nuevo entre barrotes, recibir golpes de los carceleros, comer el pan con sabor a arcilla y las sopas grasientas de la cárcel, le producía horror. Hasta llegó a sentir compasión por la gente que habría sufrido robos, en general personas más bien pobres que habían trabajado duro por conseguir cada prenda de vestir o cada camisa, y ahorrar unas pocas monedas.

A veces hablaba acerca de esto con los buenos colegas de la posada y ellos se burlaban:

—Yármele, te has vuelto blandengue.

—No soy ningún santo—se justificaba él—. Pero a quien come cerdo le rebosa la grasa por el mentón...

Ansiaba encontrar algún negocio que valiera la pena y se dejaba arrastrar por toda clase de falsos sueños. Mientras tanto, vivía de las rentas, hasta el punto de que casi había despilfarrado los ahorrillos que Keyle guardaba en un pañuelo. Pese a ello, al mal tiempo ponía buena cara y a menudo se mostraba más desprendido de lo que podía permitirse. Los costosos regalos que acababan de llevar al hospital aquel día para Itche eran un buen ejemplo.

Quienes lo conocían, sin embargo, sabían que todo eso era un engaño.